

poema» y elogiado por su hermosura. La carta de Roberti fue publicada en 1774, aproximadamente un año después de la publicación del poema abadiano.

Es muy probable que el éxito del jesuita michoacano haya suscitado en Roberti cierta envidia. Con lo cual no pretendo afirmar que éste fue el motivo que llevó al italiano a menospreciar a los extranjeros. Roberto Heredia aclara: «La contienda era vieja. Se había recrudescido con la presencia en Italia de los varios millares de jesuitas expulsos, los más de ellos latinistas y doctos en diversas disciplinas.»²

Sea como fuere, lo cierto es, como muy atinadamente interpreta el prologuista, que los argumentos refutatorios de Abad, en esta *Dissertatio*, son muy sólidos. Y no podía ser de otro modo, pues Abad era todo un humanista, grande entre los grandes. Manuel Fabri asevera que Abad, Clavigero y Francisco Xavier Alegre lograron con sus escritos «gran renombre entre los eruditos italianos, y aun fuera [de Italia], en las letras griegas y latinas, en historia, en filosofía, en teología y en el estudio de todas las óptimas disciplinas.»

La *Dissertatio* no era necesaria para rebatir a Roberti. El *Poema heroico* era, por sí mismo, refutación suficiente. Son más elocuentes los hechos que las palabras. Pero, si Abad escribió la *Dissertatio*, lo hizo, no por iniciativa personal, sino a solicitud expresa y repetida del jesuita francés Teófilo Blanchard. Por otra parte, vale la pena acla-

rar que los argumentos de Abad no se basan en su propia obra literaria, sino en la de muchos otros extranjeros.

En mi opinión, el prólogo de Roberto Heredia contiene la información suficiente para introducir al lector al texto de la *Dissertatio*, y los juicios por él emitidos, sobre todo al final del prólogo, son del todo acertados. Cotejé la traducción con el texto latino, y puedo afirmar que ésta recoge fielmente tanto las escenas como los marcos del escrito abadiano. Sólo encontré dos o tres detalles, que, más que errores, seguramente son erratas. Por ejemplo, en el número 6, se lee *Italis omnibus*, y en la traducción, «a los italianos». Es evidente que falta traducir la palabra *omnibus*. Por lo que respecta a las notas, considero que son muy útiles, ya que ayudan a comprender mejor la *Dissertatio*.

Volviendo al texto de Abad, por la forma en que se hace la refutación, percibo una lección moral: de prudencia, de cordura, de sensatez, de moderación, de modestia, de sencillez. Coincido con Roberto Heredia en que la *Dissertatio* es, por sí misma, por su latinidad, «el argumento principal de la defensa y el vocero de todos los involucrados en la causa.»³ Podemos añadir, con relación a este texto de Abad, que las palabras son latinas, latinos los adverbios, latinas las partículas, latino a la perfección cada elemento, y que, además, de aquí resulta un discurso latino.

Julio Pimentel Álvarez

2. Cfr. Introducción, p. VII.

3. Cfr. Introducción, p. XIV.

CORONEL RAMOS, Marco Antonio. 2002.

La sátira latina

Madrid: Editorial Síntesis. Col. Historia de la Literatura Universal / Géneros y Temas 8, 303 p.

Todavía estamos faltos en nuestras latitudes de un tipo de obras de divulgación que combinan armónicamente el saber acumulado

en los cenáculos académicos con una voluntad de acercamiento a un lector neófito o, simplemente, inquieto por conocer los ejes

vertebradores de la tradición cultural occidental. Ese saber navegar, prudente y experimentado, lo demuestra Marco Antonio Coronel Ramos, un joven profesor titular de filología latina de la Universidad de Valencia, en esta pequeña gran obra sobre la sátira latina y ello gracias al acierto de no anclar en las plácidas aguas de ese puerto en el que, *a priori*, se sentiría más seguro, a saber, el de la teoría satírica clásica, sino con la audacia también de surcar las aguas de la sátira medieval, de la sátira neolatina, de la sátira latina del XVIII, de la sátira vernácula de los siglos XVI al XVIII o de la poesía macarrónica. A ello hay que sumar un periplo menos ambicioso que fija el inicio de esta travesía: sintetizar en poquísimas pero precisas páginas la reflexión teórica contemporánea sobre la sátira, la de N. Frye, de G. Lukács o de M. Bajtín, por citar tres nombres ilustres.

La obra se inicia con una sentencia que nos pone en guardia contra el riesgo que depara a aquél que se afana por definir la esencia de la sátira, esto es, su labilidad y versatilidad como género literario, motivado por la sencilla razón de que es fácil caer en la trampa de confundir la sátira con lo satírico. A todo ello debemos sumar una de las dificultades intrínsecas del género —si se quiere de cualquiera de los géneros literarios, pero acentuado en el caso de la sátira— y que obliga al lector a un esfuerzo adicional: el imperativo de conocer el contexto histórico de la misma y en el que se engarzan muchos significantes que quedarían velados para el desconocedor del cronotopo de la obra literaria. Cabe resaltar aquí otra precisión reveladora que debemos imponernos como precaución cuando leemos una obra satírica, a saber, la de no confundir lo satírico con lo irónico, que aunque en apariencia próximos no responden exactamente al mismo tipo de talante, ya que el primero busca expresarse a través de la fantasía, la expresividad de lo grotesco y la toma de partido explícita por parte del autor, mientras que lo segundo se funda en el realismo y su autor expresa una cierta opacidad sobre cuál es el lugar en el que se sitúa —trasciende lo

social— y desatiende algo immanente, según el criterio de Lukács, a la actitud satírica: la oposición entre lo real y lo ideal en el devenir de la historia. Finalmente, si a todo lo dicho sumamos el hecho de que la actitud satírica encuentra formas de desarrollo en otros géneros más allá del de la propia sátira —teatro, novela, lírica, cuento y un largo etcétera— se ve confirmada nuestra valoración inicial, es decir, que son necesarias obras como las de Coronel Ramos, en las que se ponga fin a la indefinición o confusión de la que podríamos ser víctimas.

Decíamos que se iniciaba la obra con unas breves páginas sobre la teoría satírica contemporánea, sobre sus elementos constitutivos y su función socioliteraria, esta última, sin duda, una de las aportaciones de la teoría literaria marxista. A los nombres arriba citados convendría aquí añadir a otros compañeros de viaje como A. Brillì, J. Brummack o L. Guilhamet, teóricos cuya reflexión podría sintetizarse en los cinco rasgos esenciales que para Coronel Ramos definen a la sátira: la censura social, la indignación del autor frente a su época, el compartir autor y público un código moral que permita la descodificación de las ambivalencias, la intersección de estilos irónicos, paródicos y sarcásticos y, finalmente, que el estudio de la sátira es indisociable de su contexto histórico.

El capítulo segundo está dedicado a la teoría satírica latina clásica. Pero a pesar de la sentencia de Quintiliano (*satura quidem tota nostra est*), el autor es consciente de que no puede obviar el papel jugado por la sátira menipea, la de aquellos autores griegos que, como Menipo de Gádara, mezclaron estilos y entroncaron, haciendo uso del prosímpro, con la diatriba cínico-estoica helenística. Ante la ausencia a referencia alguna a la sátira en la *Poética* aristotélica, son imprescindibles en el hallazgo de los orígenes del género los pasajes de Tito Livio (VII 2), Horacio (*Sat.* I 4; *Sat.* I 10; *Epist.* II 1, 139-155; *Epist.* II 2, 58), Quintiliano (X 1, 93-95) o Diomedes (*Gramm. Lat.* I 485, 30 H. Keil). Para Livio, los orígenes

de la sátira se vincularían a las danzas religiosas etruscas del siglo IV aC, a las primeras imitaciones romanas de las mismas (*iocularia*), a la aparición de las *saturae*, a las *fabulae* de Livio Andrónico y a las atelanas. A ello habría que sumar la identificación de la *satura* con las partes habladas de la comedia. Quintiliano, en cambio, vio en Lucilio al primer autor satírico, sentenció que Horacio representó el estilo satírico más puro y que Varrón y Persio fueron los otros dos grandes gigantes de la sátira latina. Fue Diomedes el encargado de enfrentarse a la etimología de *satura*, proponiendo cuatro étimos diferentes: el griego *sátyros*, la expresión *lanx satura*, una metáfora culinaria (*a quodam genere farciminis*) y la formación *lex satura*. La didáctica aportación de Coronel Ramos consiste en sintetizar en cinco la *lex operis* de la sátira romana clásica: 1) evidenciación de los vicios sociales, 2) reflejar la problemática moral que afecta a los habitantes de la ciudad, 3) la complicidad moral entre el ego narrativo y su público, 4) la imitación del lenguaje cotidiano, la parodia de la grandilocuencia y la hibridación formal y 5) el uso del hexámetro dactílico en la sátira regular, la de Lucilio, Horacio, Persio y Juvenal, la que llama a cada cosa por su nombre, que es misógina, que se identifica con la pregunta de Horacio *¿Qué impide decir la verdad aun riendo?* (*Sat. I, 1, 24*) y a la que se le dedica el capítulo tercero del libro; y el prosímpro en la menipea, la que ridiculiza lo demasiado humano y, preferentemente, las ideas de los filósofos, heredera del cinismo griego y el didacticismo romano, la de Varrón, Séneca, Petronio, Luciano de Samosata —escrita esta última en griego, pero inspiradora del género satírico latino humanístico—, Marciano Capela, la menipea cristiana de Boecio, Fulgencio y Enodio y, cerrando el círculo, la del emperador apóstata, Juliano. Su análisis es el cometido del capítulo cuarto, recordándonos al final que el estilo paródico-polémico y el método alegórico fue la herencia que recibió la Edad Media.

Hay que destacar que con el capítulo quinto, el dedicado a la sátira medieval, se vea cumplido el otro gran mérito del libro, esto es, el de seguir la huella y evolución de la tradición satírica clásica desde la Edad Media hasta la modernidad. En ello el autor juega con una cierta ventaja, la virtud de haberse doctorado con un trabajo sobre las traducciones latinas en verso de *Ausiàs March* realizadas por Vicent Mariner, tesis galardonada con el Premi Menéndez Pelayo de l'Institut d'Estudis Catalans de 1995 y que sirvió como base del libro *L'Ausiàs March llatí de l'humanista Vicent Mariner* (1997), premiado al año siguiente con el Premi de la Crítica de l'Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana. Esta línea de investigación de Coronel Ramos, sin desatender nunca la literatura clásica latina, avala el que el autor se lance a través de la flecha del tiempo con el aplomo con el que se mueve por cronotopos ajenos a una gran mayoría de clasicistas, a aquellos que sienten poco apego por la tradición clásica.

Desde el 476 hasta aproximadamente el 1350, la sátira latina perduró a través de la pervivencia del espíritu crítico y didáctico, de las recetas de moral cristiana, si bien al precio de sacrificar el género como tal, cuando no se transformó lo satírico en epigramático. El metro épico fue entonces sustituido por formas métricas de uso religioso y, como señaló Bajtin, por la proliferación en la literatura medieval de las tendencias carnavalescas. El contexto histórico halló entonces un riquísimo campo abonado en las polémicas religiosas y la sátira anticlerical, ocupando la crítica a la simonía un lugar destacado, pero sin desatender tampoco la crítica política, con la denuncia de los abusos del sistema feudal. Los autores que fijaron su atención como teóricos en el género satírico fueron Bernardo de Morlas, Mathieu de Vendôme, Remy de Auxerre y Juan de Garlandia, mientras que como satirógrafos clásicos de la Edad Media contamos, de nuevo, con Bernardo de Morlas, con Jean de Hauteville, Gautier de Châtillon, Jean de

Meung, Juan de Salisbury, Bernardo de Cluny o la poesía goliárdica. No son desatendidas tampoco ni la sátira vernácula medieval ni la sátira bizantina.

El capítulo sexto está dedicado a la sátira neolatina humanística, que como consecuencia de la imitación de los modelos clásicos propició la reaparición de la sátira regular. Fueron entonces centros de interés de la sátira la dependencia de lo cotidiano de la realidad social, las polémicas teológicas fruto de la reforma protestante —los jesuitas fueron actores principales—, la aparición del latín macarrónico o la propagación del escepticismo y el relativismo, consecuencia del descubrimiento de América. Desde el punto de vista de la teoría satírica, los dos pilares fueron entonces la teoría retórico-poética clásica y la observancia de los usos de los satirógrafos romanos, todo ello enmarcado también en los interesantes contextos de la Italia de Policiano —con Aristóteles y Horacio como campeones— o de la famosa *querelle des anciens et des modernes* del XVII francés. La sátira fue entonces concebida como la medicina del alma, la sanación intelectual, sin perder de vista la herencia medieval de la exigencia cristiana de un estilo elevado. De cita obligada son los nombres de Esca-

lígero, Minturno, Campanella —con una poética éste de inspiración platónica— y el gigante de la teoría satírica humanista, Casaubon. No faltaron satirógrafos ilustres como Erasmo, Lipsio y las utopías de Moro, Campanella o Bacon, o los viajes literarios del estilo del lunar que fluyó de la pluma de Kepler.

La obra concluye con unos apéndices sobre la sátira latina del XVIII —ahí está la poética de Boileau—, la poesía macarrónica, que se inició en los ambientes universitarios de la Padua de finales del Quattrocento, y la sátira vernácula de los siglos XVI al XVIII. Las últimas páginas del libro están dedicadas a un útil índice nominal, a un preciso glosario y a unos didácticos cuadros sinópticos de cronología.

En definitiva, es *La sátira latina* de Marco Antonio Coronel Ramos una obra excelente, con impronta de autor, y que revela que la filología clásica peninsular tiene garantizada una continuidad de calidad que nos sitúa, ya por fin y con una voz propia, a los niveles de las producciones germánicas, galas, itálicas o anglosajonas.

Manel García Sánchez
Universitat de Barcelona
CEIPAC

GRIFONI, C. (ed.). 2003.

Otfridi Wizanburgensis glossae in Matthaemum.

CORPVS CHRISTIANORVM, *Continuatio Mediaevalis CC*

Turnhout: Brepols & Publishers, I-XXIV. 394 p.

ISBN 2-503-05001-8 HB

Esta edición se presenta organizada en tres importantes apartados: una *Introduzione* (v-xxv), el texto propiamente dicho de las *Glossae in Matthaemum* (3-369) y unos completos índices (373-92).

El códice Weissenburg 26 de Wolfenbüttel, conservado en la Herzog August Bibliothek alsaciana, fue objeto de atención al principio de los años setenta del siglo XX. Fue Hans Butzmann quien fijó su datación

en la segunda mitad del siglo IX, asegurando que había sido producido en el mismo escritorio monástico, lugar y tiempo en que el monje Otfrido se dedicaba a componer el *Liber Evangeliorum*, «una armonía evangelica in versi, scritta in volgare in quanto indirizzata esplicitamente a coloro che avevano difficoltà a comprendere il latino» (p. vi). Esta *armonía evangelica* no era otra cosa que la presentación del texto evangélico-